

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AGOSTO. NÚM. 30 GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Alonso Cano, por P.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Salmo CXXXVI, poesía por X.—Isabel, por M. C.—La noche, por G.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

ALONSO CANO.

Este hombre singular por su carácter, sus aventuras y sus talentos, nació en Granada el día 19 de Marzo de 1601, y fué bautizado en la parroquia de San Ildefonso: sus padres fueron Mignel Cano, arquitecto de bastante mérito, natural de Almodóvar del Campo, y D.^a María Almansa, que lo era de Villa-robledo. Su padre le dedicó desde niño á su profesion, en la que hizo rápidos progresos; pero despues se sintió inclinado exclusivamente á la escultura y pintura, en cuyas artes sobresalió de tal suerte que descollando sobre sus maestros Montañez, Castillo, Pacheco y Herrera, igualó su nombre con el de los mas eminentes artistas que en aquella época enriquecian la nacion.

Su genio indomable, incapaz de recibir lecciones, no podia sujetarse á otro maestro ni á otro modelo que á su propio impulso; y su carácter poco sufrido no toleraba que se concediese la supremacía de sus profesiones á ningun otro artista de Sevilla, á cuya ciudad se habia trasladado desde jóven. Quizá por esta causa tuvo entonces un desafio con D. Sebastian Valdés, pintor aventajado, el que quedó mal herido; y en su consecuencia Alonso Cano se vió en la precision de salir huyendo de Sevilla, abandonó la Andalucía, y, agregado á la familia del Conde-Duque de Olivares, de quien era protegido, pasó á Madrid, en cuya corte obtuvo el título de director de las obras que se hacian en los palacios reales. La fama que le precedió desde Sevilla, y el merito de los trabajos con que embelleció los templos y casas particulares de Madrid, afianzaron su reputacion, mereciendo ser nombrado por Felipe IV pintor de cámara y maestro de dibujo del príncipe don Baltasar.

Hasta entonces le habia halagado la fortuna; pero el asesinato de su mujer acabó con su sosiego, y cortó el vuelo á su carrera. La voz pública imputó aquel atentado á un oficial Italiano que se hospedaba en su casa y habia desaparecido con la mayor parte de sus riquezas á poco, segun algunos escritores, la justicia señaló como delincuente al mismo Cano, que, re-

ducido á prision, y puesto repetidas veces en el tormento, negó con firmeza semejante imputacion. Sin embargo, el señor Cean Bermudez asegura que hizo las mas activas diligencias para hallar este proceso, y no pudo encontrarle. Mas de cualquier manera, libre de esta borrasca, ó consolado de la desgracia de su esposa, siguió con la enseñanza del príncipe hasta el año de 1651.

Por este tiempo volvió á Granada en ocasion de quedar vacante en la Catedral una prebenda de músico de voz. Formó entonces Cano el proyecto de hacerse clérigo, y para ello persuadió al Cabildo de las ventajas que reportaria á la iglesia, si se destinaba la plaza á un pintor y escultor que proporcionase el adorno, decoro y riqueza del templo. El Cabildo seducido por la fama que acompañaba á Cano, determinó elevar una consulta á S. M., el que accedió á la instancia con la condicion de que Alonso Cano se ordenase dentro del año. Tomó en seguida colacion y posesion el dia 20 de Febrero de 1652; y estableció su obrador en el primer piso de la torre de la Catedral. Pero trascurrido el primer año sin ordenarse, y obtenidas varias prórogas, de las que tampoco se aprovechó, en cumplimiento de una real orden se dió por vacante su prebenda. Alonso Cano se quejó de esta determinacion considerándola un violento despojo; y se presentó en Madrid á gestionar judicialmente su restitucion: en cuyo tiempo, el Obispo de Salamanca, con quien tenia algunas relaciones, le confirió una capellanía y le ordenó de subdiacono á título de ella. Entonces logró de S. M. una real cédula para que se le pusiese otra vez en posesion de su prebenda; lo que se ejecutó, disfrutándola ya tranquilamente hasta su muerte, que ocurrió en 5 de Octubre de 1667, siendo enterrado en el panteon de la Catedral.

Este artista, uno de los mejores que ha producido España, enriqueció á Madrid, Toledo, Sevilla, Málaga, Granada y otros puntos, con excelentes monumentos de las tres artes que dignamente ejercia, los que embargan hoy la atencion de los extranjeros y profesores que visitan estas ciudades: siendo de admirar en sus pinturas, el esquisito gusto de los dibujos, al par que la simetría, naturalidad y colorido de las tintas. Son muchas las pinturas que ha dejado repartidas en distintas ciudades y pueblos de la peninsula, las que seria prolijo enumerar: mas no obstante señalaré al final de este artículo algunas de las mas sobresalientes que se conservan en esta capital, sin incluir los cinco lienzos que por una desgraciada fatalidad se han sustraído del extinguido convento de Santo Domingo,

cuando ya estaban próximos á ser colocados en el Museo, los que, con mengua nuestra, adornarán sin duda las galerias extranjeras.

El carácter orgulloso y extravagante de Alonso Cano, era poco á propósito para el trato social; haciéndonos confirmar en esta idea algunos de los hechos mas marcados de su vida, que tradicionalmente han llegado hasta nosotros. Despues que el Cabildo de la Catedral intentó, no sin justicia excluirle de su corporacion, por no cumplir la condicion de ordenarse *in sacris*, no volvió á trabajar para aquella iglesia, á pesar de las medidas que se adoptaron para hacerle desistir de su propósito. En otra ocasion, altercando con un magistrado sobre el precio de una estatua, rodó la disputa sobre la diferencia de sus profesiones respectivas, y se exaltó en tales terminos, que le dijo: *oidores los hace el rey del polvo de la tierra, pero solo Dios puede formar un Alonso Cano*: y dando con el pié á la estatua, la hizo pedazos. Accion que en otro tiempo costó la libertad y aun la vida al infeliz Torregiani.

Pero á su condicion presentuosa y dominante, reunia la sensibilidad mas esquisita, el mas compasivo corazon. Cuando se le acercaba un mendigo pidiéndole limosna, si, como las más veces le acontecia, no se encontraba con metálico para socorrerle, en un pedazo de papel, ó en una de las hojas de su cartera, hacia un dibujo sencillo que entregaba al pobre, y aun le dirigía á las personas que pudiesen comprarle á buen precio por la estima en que tenian sus producciones, y jamás persona alguna necesitada se separó de tan insigne artista sin recibir algun consuelo.

Granada, pues, tiene la satisfaccion de haber proporcionado á las artes uno de los génios mas sobresalientes, cuyas obras no ha mucho que se han considerado en París de mas mérito y aprecio que las de Miguel Ángel.

Pinturas y esculturas de Alonso Cano que existen en esta Capital.

Catedral. En la capilla mayor siete cuadros colocados en este orden: tres que representan la Concepcion, Natividad y Presentacion de Nuestra Sra., en el lado del evangelio; la Anunciacion, como titular, en medio; y en el de la epístola, la Visitacion, la Purificacion y la Asuncion.

En el altar de S. Pablo, cuatro lienzos con figuras de medio cuerpo, que representan el Salvador, la Virgen, S. Agustin y S. Francisco, y otro con la Calle de la amargura.

En la capilla de la Trinidad el boceto de la misma, que estaba en lo alto del retablo de San Antonio.

En la sacristía uno de la Concepcion.

Monjas del Angel. No existe hoy mas que un cuadro grande con la Sacra familia, en el interior del convento.

Parroquia del Salvador. Dos cuadros, uno de San Ildefonso, y otro de S. Miguel.

Esculturas.

Catedral. Dos cabezas en el altar mayor, que representan á nuestros primeros padres.

En la sacristía una estatua de la Concepcion.

Otra mas chica de la Virgen del Rosario, que hizo para remate del facistol del coro y un busto de S. Pablo.

En la Academia de nobles artes. La estatua de mármol del Ángel de la Guarda, que estuvo en la portada de la iglesia de las monjas del Angel.

P.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana Maria.

He leído tus cartas todas, y nada contesto á ellas, querida hermana mia, porque en breve estaré á tu lado, y estrechándote contra mi corazón mezclaré mis lágrimas á las tuyas, pues este solo es el consuelo que te puedo ofrecer.

Entre tanto, solo una súplica quiero hacerte: una súplica que te pido no rechaces, en nombre de nuestra madre, en nombre de la memoria del que nos dió el ser.

Este ruego, este deseo de mi alma es que nada intentes, que nada decidas de tu porvenir hasta que entre ambos pensemos en ello, hasta que teniendo tu mano entre la mía, midas lo que has perdido y lo que aun puedes encontrar.

Desde aquí, á tantas leguas de distancia leo en tu corazón y casi pudiera decirte los pensamientos que cruzan tu frente, pensamientos que me hacen temblar, ideas que me espantan! ¡Oh! esperame por Dios, y no las realices aun, hermana mia.

Yo salgo dos dias despues de esta carta, y despues de dejar realizada la mision que me habia propuesto.

El padre de Diego no existe.

El infeliz paralítico, á quien debo la aclaracion del misterio en que estaba envuelto el pasado, parecia que aguardaba á cumplir el deber de su conciencia, á remediar el mal que habia hecho, para cortar el frágil y triste lazo que le tenia ligado á la vida!

He cumplido con él los postreros deberes del hombre y del cristiano: mis preces se han mezclado á las que la iglesia á elevado por que su alma duerma en paz, he visto su cadáver descender á esta tierra que no era la de su patria, y despues de poner el signo de la cruz sobre su olvidada fosa, he adoptado á este pobre huérfano, que en adelante hallará en mí el cariño y la proteccion de que tanto necesita.

Tambien, hermana mia, tambien he asistido á un acto solemne y grande: la reconciliacion de un pecador con Dios.

¡Oh! que hermosa, que inmensa es la religion que sabe hacer tales prodigios!

D. Pedro, nuestro perseguidor, el verdugo de nuestro padre, el que dejándose llevar de los arrebatos violentos de la pasion y del odio, causó nuestra desgracia y nuestra ruina, hoy ¿lo crearás? es para mí un objeto de veneracion y de respeto, por el gran ejemplo que acaba de darme con su arrepentimiento y su espiacion.

Y no creas que su conducta es motivada por las circunstancias ó por el miedo. No! su contriccion ha sido sincera y su reparacion espontánea.

Yo mismo, Maria, yo mismo al mirar su estado, al ver las privaciones que le esperan, el porvenir que se ha impuesto, y los bienes de que se priva en su vejez, yo mismo repito, he querido modificar sus resoluciones, he querido hacer menos dura su espiacion, le he perdonado compadeciéndolo, y hasta he sido con el pasado menos inflexible que lo es él.

¿Lo crearás, Maria? Lo crearás? hasta le he tenido lástima, y he pretendido dulcificar su dolor! pero mi conducta lejos de consolarle ha exasperado su remordimiento, y sus lágrimas y su duelo me han probado que este es bien sincero!

Despues de entregarme una relacion detallada de su crimen, una relacion que prueba la inocencia de nuestro padre y que es bastante á devolver á nuestro nombre todo su esplendor, y á nuestra casa toda su fortuna, ha querido entrar en uno de esos santos asilos que la caridad cristiana sabe fundar en todas partes, y que las hijas de la cruz, esas humildes obreras de la fé,

han venido á establecer en medio de la Inglaterra, como un solemne metis á esa caridad fria y calculadora que se llama filantropía.

Sí: el rico ayer, el poderoso anciano en cuyas arcas se encierran cantidades de oro, suficientes para realizar todos los caprichos del lujo y la ostentacion, á venido á ocupar el lugar de un triste mendigo, que debe su pan á la limosna y su lecho á la caridad.

Despues de ceder á mi favor todos los bienes que pertenecieron á nuestro padre, ha cedido en beneficio de los pobres todos los que á el le habian pertenecido antes, y todos los que ha adquirido mas tarde.

Nada ha conservado para sí, y se ha hecho pobre por su voluntad, y por su voluntad ha ido á ocupar entre los mendigos ancianos el puesto que se concede á la indigencia y al desamparo.

Allí quiere vivir oscurecido y sufriendo toda clase de privaciones y miserias, y si anhela conservar la vida, es solo por alcanzar el perdon del cielo.

Allí pasará los dias entre la oracion y el llanto: y de allí, segun espera, saldrá purificado cuando la muerte señale su frente con su dedo descarnado y frio.

En un principio, y despues de haberle concedido el perdon que me demandaba, he tratado de combatir su resolucion, he querido que partiese lejos, muy lejos: á un pais desconocido donde no alcanzase la justicia de los hombres, y á donde pudiera vivir libre, seguro, y escento de privaciones y sobresaltos, pero él se ha negado: nada ha querido conservar, y se ha desprendido de las riquezas que tanto mal le han hecho cometer.

Despojado enteramente de lujo, de bienestar, de nombre, de esplendor, á muerto para los hombres, entrando con un nombre supuesto en el asilo de La Madre de Dios, especie de hospital donde las hermanas de San Vicente reciben y alimentan á los pobres incurables y octojenarios.

Allí pasará su vida, allí aguardará su última hora. Solo yo poseo este secreto, y solo yo puedo darle la única satisfaccion que quiere gustar en la tierra. La de obtener el perdon de nuestra madre, de quien nunca se atreverá á solicitarlo, y de quien yo estoy seguro de conseguirlo.

Antes de abandonar su traje de gran señor, antes de vestir la humilde librea de los mendigos asilados, se ha postrado ante el tribunal de la penitencia y ha purificado su alma, para que nada en el hombre nuevo le recordara al hombre antiguo.

Yo fuí con él: yo le observé de lejos, y pude ver lo amargo de su dolor, lo firme de su resolucion, y la paz y la calma que reflejaban en su frente despues de haber recibido la Hostia Consagrada, signo de alianza entre el pecador y su Dios.

Todo á terminado ya para él, pues ni aun á querido aceptar una pension que yo intente asignarle, y que hubiera hecho menos molesto su nuevo género de vida.

En cuanto á mí, me encuentro satisfecho: Dios ha querido concederme el logro de mis deseos, sin tener que herir, sin tener que castigar, cosa tan violenta y tan dolorosa para mi alma.

Dentro de dos dias partiré para España, llevando una fortuna, llevando un nombre.

¿Lograré mi dicha con ambas cosas? ¡quién lo sabe!

¡Ay! yo ignoro si podré partir todo esto con el pobre ángel que llora mi ausencia sin duda, y cuyo paradero desconozco!

Pero yo confio, yo espero en la providencial Ella; que de una manera tan estraña ha aclarado los horizontes de mi vida, se encargará tambien de alumbrarlos con la luz de la estrella en que he fijado mi esperanza.

Adios, pues, mi dulce María, Adios, mi hermana querida, pronto quizá podrá estrecharte entre sus brazos, tu hermano

Fabian.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SALMO CXXXVI

«Super flumina Babilonis»

TRADUCCION LIBRE.

A orillas de los rios nos sentamos
Donde la altiva Babilonia impera,
Y al dulce nombre de Sion lloramos,
Que su recuerdo el corazon lacera.

De los sauces altísimos, copados,
Suspendimos los dulces instrumentos
Que un tiempo daban sonos regalados
Al compás de los místicos acentos.

Con infame placer esos impíos
La inmensidad de nuestras penas miden,
Y oyéndonos gemir, sus pechos frios,
Con antojo brutal, cánticos piden.

Cuando llorar su orgullo nos miraba
Con impudencia bárbara reían,
Y cuando el llanto nuestra faz surcaba:
«Cantad, cantad, esclavos», repetían.

¡Cómo cantar al son de las cadenas!
Cuando el esclavo desterrado canta,
Busca las voces y al formarse apenas
Al corazón las vuelve la garganta.

¡Sin tí, Jerusalén, no hay alegría!
¿Ni cómo hallarla en suelo tan impuro?
Antes que yo te olvide, patria mía,
Me olvidaré de mí, yo te lo juro.

Hacer correr nuestro afanoso llanto
Eso el impío vencedor le puede;
Pero ¡qué entone nuestra lengua el canto!
¡Antes pegada al paladar se quede!

¡Cómo encontrar á mi dolor consuelo
Entre gentes, Sion, que te escarnecen!
¿Dó están las palmas ¡ay! que de tu cielo
Bajo el azul purísimo se mecen?

Vuelve una vez, ¡oh! Dios, tu rostro blando
A calmar unos males tan prolijos,
Y ese insolente imperio derrocando,
De los hijos de Edón, venga á tus hijos.

Nunca, Señor, se aparte de tus ojos
Que la santa ciudad acometieron,
Y enriquecidos ya con sus despojos
«Arruinadla, arruinadla», repitieron.

¡Babilonia infeliz! Tu hueste impía
En sangre de Israel su hierro embota;
Pero, bendito sea el que algún día
Un mar te pida á tí por cada gota.

Bendito sea aquel á quien rindieres,
Orgullosa ciudad, el cuello impuro;
Que degollando á viejos y á mujeres
Estrelle al niño en el peñasco duro.

G.

ISABEL.

(Continuación.)

Una niebla espesa aumentada por un frío de mas de treinta grados cubría la tierra; estabábase en medio del invierno, cuando en una hermosa mañana de diciembre, Spinger cogió su fusil para ir á cazar en la Steppa. Antes de partir abrazó á su mujer y á su hija, y les prometió volver antes de anocheecer; pero la hora trascurrió y el día declinaba, sin que Spinger volviese. desde el suceso que habia puesto su vida en peligro, era la primera vez que no era exacto en volver: el terror de Fedora no tuvo límites; lo mismo sucedía á Isabel, pero disimulaba por calmar á su madre; quería volar al socorro de su padre y no se atrevía á abandonar á su afligida madre. Fedora, delicada y débil, jamás se habia alejado mas allá de las orillas del lago; pero la violencia de su inquietud la hizo creer que tendría fuerza para seguir á su hija ó ir á buscar á su esposo. Salieron juntas y se dirigieron á la llanura á través del bosque.

El aire era muy frío, los pinos parecían árboles de nieve, y de cada una de sus ramas pendían hebras de hielo que servían para blanquear el suelo: una densa niebla inundaba el horizonte; la aproximación de la noche daba un aspecto mas triste y lúgubre á todos los objetos, y la nieve tan compacta y tersa como la superficie de un espejo, hacia vacilar á Fedora. Isabel criada en estos climas y acostumbrada á despreciar los frios mas rigurosos, sostenía á su madre y la servía de apoyo. Así un árbol trasplantado fuera de su patria languidece en una tierra extranjera, en tanto que el tierno vástago que nace de sus raíces, acostumbrado á este nuevo suelo, eleva orgulloso sus vigorosas ramas y al cabo de pocos años sostiene el tronco que le ha alimentado, y cubre con su sombra al árbol que debe la vida.

Cuando llegaban cerca de la llanura, Fedora no podía ya andar, mas Isabel la decia: «Madre mía, el día declina, descansa aquí un rato y déjame ir sola hasta el linde del bosque; si esperamos mas, las sombras de la noche me impedirán ver á mi padre en la llanura. Apoyóse Fedora contra un pino, y dejó marchar á su hija, que

en pocos momentos llegó al llano. Las tumbas que le cubrían formaban altos montecillos: de pié sobre uno de ellos, con el corazón oprimido y anegada en llanto miraba, pero á nadie veía; reinaba el silencio mas profundo, y las sombras inundaban el espacio.

Sin embargo, un tiro disparado á poca distancia de donde se hallaba, la devolvió todas sus esperanzas. Este ruido que solo oía cuando su padre cazaba, le parecia una señal infalible de que estaba allí, y corrió hacia aquel sitio. Detrás de una gran masa de rocas vió un hombre agachado que parecia buscar alguna cosa que se le hubiese perdido: gritóle: «Padre, padre mio, ¿eres tú?» Volvióse el hombre: no era Spinger: su rostro era bello y juvenil, y á la vista de Isabel se sorprendió. —No sois mi padre, exclamó llena de pesar; pero decidme: ¿le habeis visto en la llanura? ¿podriais decirme en qué parte podré encontrarle?

—No conozco á vuestro padre, pero sé que no debeis permanecer á esta hora sola en esta llanda, correriais muchos peligros, y debeis temer.

—¡Ah! replicó ella, no temo mas que no encontrar á mi padre: hablando de esta manera levantaba sus ojos al cielo, y en su mirada se pintaba la altivez, la ternura, el valor y el dolor que casi podria presagiar cual habia de ser su destino. Conmoviose el jóven: creia soñar: jamás habia visto ni imaginado una belleza igual á la de Isabel. Preguntóla el nombre de su padre.

—Pedro Spinger, le contestó la jóven.

—¡Qué! ¿sois por ventura la hija del desterrado de la cabaña del lago? Tranquilizaos, conozco á vuestro padre; no hace una hora que nos hemos separado; ha rodeado un tanto para ir á su cabaña, en la que debe hallarse ya.

Isabel no escuchó mas: corrió, voló hacia el paraje en que dejó á su madre; la llamó con alegres voces á fin de que acantos tan conocidos la tranquilicen antes de llegar á ella, pero no la encontró: viéndose aislada hizo resonar el bosque con su acento llamando á sus padres. De la parte del lago le respondieron dos voces; aceleró el paso, llegó, y en el umbral de la cabaña encontró á su padre y á su madre, abrazóles, y le explicaron que habian llegado ambos á la cabaña por distinto sendero, pero ya estaban reunidos y tranquilos. Solo entonces Isabel notó que el jóven la habia seguido; Spinger le miró y le dijo asimismo con un pesar profundo: —Es muy tarde, M. de Smoloff, sabeis que me está prohibido ofrecer hospedage ni aun por una noche. —¡M. de Smoloff! exclamaron Isabel y su madre, nuestro libertador ¿sois vos? Las dos cayeron de rodillas á sus piés; Fedora los bañó con sus lágrimas é

Isabel le dijo: —M. de Smoloff, hace tres años que salvasteis la vida á mi padre; desde entonces no hemos cesado de rogar á Dios por vuestra felicidad.

—¡Ah! El os ha escuchado, puesto que me ha enviado aquí, respondió él con una profunda emocion, porque lo poco que hice no merecia seguramente tal premio.

Era ya muy tarde: una profunda oscuridad inundaba todo el bosque: volver á Saimka en medio de la noche era muy expuesto, y Spinger no se atrevia á negar la hospitalidad á su libertador; pero habia prometido, bajo palabra de honor, al gobernador Smoloff no recibir á nadie en su morada, y le era sumamente duro faltar á esta promesa. Propuso al jóven le acompañaria hasta Saimka. —Encenderé una tea, le dijo; conozco los atajos del bosque, y tambien los pantanos y estanques que hay que evitar, y os precederé. Fedora aterrorizada se colocó delante de él para impedirle que marchara. Smoloff tomó la palabra. —«Permitidme, caballero, le dijo, quedarme en vuestra cabaña hasta el amanecer; sé cuales son las órdenes de mi padre y los motivos por los que usa de tanto rigor; pero estoy seguro que me permitiria en esta ocasion el haceros prescindir de vuestro juramento, y os respondiendo volver muy pronto á daros las gracias en su nombre, por el asilo que me concedais.» Spinger estrechó la mano del jóven, entraron en la cabaña y se sentaron á la chimenea, mientras Isabel y su madre preparaban la cena. Isabel vestia como las aldeanas tartaras, un corto jubon encarnado encogido por un lado, sus piernas cubiertas con un pantalón de piel de reno, su cabellera que caia en trenzas sobre su espalda; un corsé estrecho y abotonado por los lados ostentaba toda la esbeltez de su talle, y sus mangas recogidas hasta el codo no ocultaban sus torneados brazos. Lo sencillo del traje realizaba la dignidad de su continente; todos sus movimientos eran tan graciosos y tan naturales, que cautivaban la atencion y el corazón de Smoloff. No era menor el placer de Isabel; pero era puro y provenia todo del reconocimiento y esperanzas que en él fundaba. Dios mismo que sondea hasta lo mas íntimo de los corazones, no hubiera encontrado en el de Isabel un solo pensamiento que no tuviese relacion con su proyecto, y que no se refiriese á la suerte de sus padres.

Durante la cena, el jóven Smoloff dijo á los desterrados que hacia tres noches que estaba en Saimka, y que habia sabido que los osos hambrientos asolaban el pais, y que muy pronto habria una batida general para esterminarlos. Al escuchar esta noticia Fedora estrechó á su esposo contra

su corazón, y pálida y convulsiva le dijo:—Espero que no vayas á esa caza tan peligrosa á exponer tu vida; tu vida que es lo mas precioso de mis bienes.

—¡Ay! ¿Que dices, Fedora? respondió Spinger con amargura. ¿Que es mi vida? Si no me hubieras conocido ¿estarias aquí? ¿sabes lo que os devolveria, la libertad á tí y á tu hija? ¿lo sabes? Interrumpiolo su muger con un grito desgarrador: levantóse Isabel, vino al lado de su padre y le estrechó la mano diciéndole:—¡Padre mio! sabes que criada en estos bosques no conozco otra patria: aquí, á tu lado, vivimos felices mi madre y yo, testigo su corazón y el mio de que en ningún sitio del mundo podríamos vivir felices sin tí, á aunque fuese en tu patria.

—¡Oís, Smoloff replicó Spinger. ¿Creeis que me consuelan tales palabras? Nada de eso; introducen por el contrario un puñal en mi corazón: virtudes que deberian causar mi dicha, constituyen mi desesperacion; cuando pienso que por mi causa quedarán sepultadas en el desierto: Isabel no será conocida ni quizás amada... La jóven interumpiolo vivamente diciéndole:—¡Padre mio! ¿viviendo tú y mi madre dices que no seré amada? Spinger sin poder moderar su dolor continuó de esta manera:—Nunca gozarás de la dicha que te mereces; jamás la voz de un hijo repitirá tan dulces acentos; vivirás aislada aquí, sin esposo, sin familia, como una misera avechilla extraviada en el desierto. Inocente víctima, no conoces los bienes que pierdes; pero yo no puedo dárte los, por que lo he perdido todo.

Durante esta escena, el jóven Smoloff enjugó mas de una vez sus lágrimas; quiso hablar, pero estaba demasiado conmovido. A pesar de todo dijo:— Cadallero, en el triste y penoso deber que tiene mi padre que cumplir, creed que no soy insensible á la desgracia: muchas veces he recorrido los bastos distritos de su gobierno; ¡cuantas lágrimas he enjugado! ¡cuantas quejas dolorosas he escuchado! He visto en los desiertos del espantoso Beresof, infelices que vivian sin amigos, sin familia; jamás ni la mas leve caricia habia dulcificado sus pesares, ni consolado su afligido corazón: aislados del mundo, separados de todos, no solamente estaban desterrados, sino que eran infortunados.

(Continuará.)

M. C.

LA NOCHE.

Triste noche solitaria,
á cuyo silencio dulce
el sueño con sus cadenas
el cuerpo del hombre entume;

A tu sombra misteriosa
mis ojos al cielo suben,
embebecidos girando
por sus campañas azules,

Miro ese velo flotante,
que ricos bordan y pulen
cien encendidos luceros
con sus inquietas vislumbres.

Miro esos globos de fuego
cuajando el dosel ilustre
como rica argentería
por sus visos y sus luces.

La pura y blanca azucena,
que erguida en el tallo sube,
de reina de los pensiles
en su brillantez presume;

Mas cuando tu negro manto
rico de estrellas sacudes,
avergonzada, sus hojas
Entre su ramaje encubre

Que en vez de flores terrenas,
al trono de Dios le cumplen
sobre su alfombra de cielo
flores de encendida lumbre.

¡Rica eres, noche! y tu gala
que el poder de un Dios descubre,
las grandezas de la tierra
en el hondo polvo sume.

Los imperios que pasaron
se alzan de sus tumbas lúgubres
y cual gigantes espectros
á mi pensamiento acuden;

Y sobre ellos tus luceros
arden, en sus altas cumbres,
como dorados blandones
sobre inmensos atahudes.

G.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

—Oh! José, exclamó, su decision de V. me llena de júbilo. Si V. pudiera comprender que bien suenan á mi oído sus palabras! Por que, créame V., créanme ustedes todos; la vida es un día, la vida es nada, y solo en el instante de dejarla conocemos su miseria y su pequeñez. En efecto ¿quién es feliz en ella? quien en el fondo de su alma no tiene pesares, no tiene lágrimas? La existencia es un lago cenagoso á veces, á veces trasparente y sereno, pero no toquemos jamás á sus aguas, porque si anhelamos llegar á su fondo, siempre en él hallaremos cieno; Dios, sin embargo, nos deja cruzar su camino en el cual hay á veces muchos escollos, muchas espinas, pero ¿qué importa si ha de tener término, ¿qué importa, si de todos modos ese camino es corto siempre? Muchos se quejan y hasta quizá no se explican los íntimos pesares que Dios ofrece á algunas de sus criaturas, que son sus hijos muy amados: pero esto es muy sencillo sin duda. Si el padre mas amante, mas cariñoso, viera en un punto lejano, en una ciudad distante, la paz, la dicha, el pleno bienestar para sus hijos, ¿creeis que se detendria en conducirlos allí por temor á las fatigas del camino? Oh! no, indudablemente que no! «Sigue, hijo mio, sigue le diria, ¿que importa que te angustie la fatiga, que importa que se hieran tus piés, si allí encontraras el bien y el descanso?»

Nosotros tambien, nosotros, amigos míos, tambien descansaremos al fin de la jornada! sigamos pues adelante y no nos detengamos para hacer mas cómodo el viaje, que cuanto menos peso llevemos sobre los hombros, mas lijeros llegaremos á la casa de nuestro padre celestial que nos aguarda en el cielo para darnos la bienvenida.

Ahora, sepárense, me siento un poco fatigada; pero mañana volveremos á reunirnos y concluiremos el asunto pendiente.

Todos se apresuraron á retirarse complaciendo á la anciana, aunque pesarosos por dejarla de oír.

Al salir, y por una de esas casualidades providenciales, en las cuales la Marquesa esperaba siempre, Petra dejó caer, sin notarlo, una hermosa sortija de diamantes que llevaba siempre en el dedo, y que tenia en gran estima, por que era un recuerdo de familia, y por que era de algun valor.

Ana lo notó y la tomó del suelo diciendo con su dulce voz.

—La sortija de la señora Petra! Pero ¿cómo se le habrá caído? voy corriendo á devolvérsela!

—Espera! se apresuró á decir la Marquesa que habia oído las palabras de la niña, espera y guarda ese anillo hasta que yo te ordene que lo des. El ángel de la

guarda quizá lo habrá deslizado del dedo de mi ama de llaves, para darla una leccion.

—Conque, vamos á ver, señora, tiene V. E. algo de que avisarnos mas, enseñándonos lo que debemos hacer para tener nuestra conciencia tranquila con respecto al septimo mandamiento? preguntaba Julian á su señora, con un verdadero deseo de seguir por la buena senda que nos ha de llevar al cielo; despues de cruzar este valle de angustias que se llama vida.

—Sí, amigo mio, algo puedo decir aún, y ciertamente estoy pronta á hacerlo, respondió la anciana con su bondadosa sonrisa, y en verdad que siento no estén á nuestro lado, y representadas aquí todas las clases de la sociedad, pues á todos alcanzarían mis consejos, y todos los que las ocupan hallarian en mis palabras algo que pudiera interesarles, y despertar su conciencia dormida.

Por que, sépanlo ustedes, amigos míos, el robo es una culpa muy general!

—Por Dios, señora, exclamó el señor Nicolás; esas palabras...

—Son una funesta verdad: por que el Abogado que emplea la ciencia que recibe de Dios en defender una mala causa, favoreciendo á un infame; en perjuicio de su contrario, roba á una familia honrada quizá, su porvenir y su dicha y su pan.

El escribano que se vale de la fé pública á quien representa, para despojar de una herencia legítima á unos inocentes, roba á esos desgraciados su bien, y la sangre y las lágrimas de su padre acaso.

El negociante que engaña á un infeliz, le roba su haber, y le roba su buena fé.

El comerciante que vende sus géneros á un precio mas subido que debe, y que en el peso ó la medida no dá el justo valor que recibe, roba á las gentes honradas que confían en su buena fé!

El trabajador que toma un jornal, despues de pasar las horas en una culpable inaccion, roba á su señor el dinero que recibe y la confianza que en él deposita.

El hacendado que cercena á sus jornaleros alguna parte del fruto de su trabajo, le roba el sudor de su frente y las horas de su vida tambien.

El criado que no mira por los bienes de sus señores, y que por indolencia ó mala intencion les acarrea algun perjuicio en sus intereses, les roba el pan que come, y les roba el salario que recibe, por que aquel dinero solo les ha servido para comprar un ingrato.

Ya veis, amigos míos, como en todas partes hay bandidos y como se cometen robos muchas veces sin que tengan el nombre de tales.

Todos asintieron en lo que la anciana aseguraba, y esta quiso terminar ya de hablar sobre aquella cuestion.

Pero antes y sonriendo maliciosamente, se dirigió á Anita y le dijo con intencion.

—Vaya, hija mia, ven á enseñarme la alhaja de que me hablastes ayer

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA. Imp. de La Madre de Familia.